

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 8 de Julio de 1926

De los Santos Lugares

Nada despierta en el alma del cristiano impresión tan honda e inefable como la vista de Jerusalén, la ciudad situada entre montañas yermas, la que se asienta sobre un suelo sin cultivo ni árboles; la ciudad que siendo «grande entre las naciones, está hoy como viuda. Todas sus puertas están desoladas. Su belleza se ha desvanecido»...

De la antigua grandeza de Jerusalén queda muy poco, pero los restos que aún se encuentran, acusan el esplendor de la Ciudad Santa, la ciudad que presencié la muerte del Hijo de Dios y supo de la perfidia de los hombres.

Uno de los lugares más animados de Jerusalén, por ser punto de partida para los peregrinos que a centenares acuden a esta ciudad y lugar donde se organizan las caravanas, es la puerta de Jaffa, construida al Oeste de la ciudad. Se la llama también puerta de Belehem, y los árabes la conocen con el nombre de Babel-Khalil.

Frente a esta puerta se levanta la ciudadela, llamada Torre de David, resto de las antiguas murallas, y en donde la tradición supone que se alzó el palacio de aquel Rey.

Desde el monte de los Olivos, elevación paralela a la colina de Moria, donde Salomón edificó su templo, se domina todo el recinto de Jerusalén, y es uno de los mejores sitios para contemplar la Ciudad Santa. También se llama montaña de la Luz, y se halla dividido por depresiones poco profundas. Las laderas del monte de los Olivos están cultivadas, pero su vegetación es pobre, aún cuando hay algunos árboles; senderos pedregosos cruzan el monte en todas direcciones.

En el estío, durante las horas centrales del día, el reflejo de los rayos solares en la caliza que hay por todo el terreno produce deslumbramientos en los que le visitan. En una de sus cimas se muestra el sitio desde el cual Nuestro señor miró la ciudad y dijo: «¿Véis todos esos grandes edificios? Serán destruidos de tal modo, que no quedará piedra sobre piedra»...

En el huerto de Gethsemani, que siempre ha permanecido solitario y silencioso, fué donde Jesús rogó a su Padre celestial que apartara, si era posible, el cáliz de sus labios, y de allí salió el Divino Maestro para ser entregado por Judas a los enviados del Sanedrín. En él hay una roca que señala el sitio donde durmieron San Pedro, San Juan y Santiago la noche que fué entregado el Señor: la noche en que exclamó: «¡Tan triste estoy, que me muero!»

Actualmente forma este huerto un cuadro irregular, y en él crecen unos viejos olivos resquebrajados que se sostienen en pie gracias a los soportes de que han sido rodeados para conservar-

los. Las florecillas brotan en él y son para el peregrino un recuerdo preciadísimo que parece exhalar el Divino Aroma que se desprendía de las plantas del Salvador.

Personajes célebres de la literatura universal

Pedro Crespo

De la rica cantera de la literatura clásica española, que tantos caracteres ha dado, generosamente, al mundo, se destaca, con vara y sin ella, la figura algo ruda, pero de recia estirpe española, de Pedro Crespo, Alcalde perpetuo de Zalamea, mientras el castellano se hable en algún rincón del mundo.

Pedro Crespo, sin haber pertenecido a ninguna junta de esas adonde van unos señores a pasar el rato bajo pretexto de reformar hasta la circulación de la savia, es un espejo con luna biselada de ciudadano modelo que muestra una altivez que jamás llega a la estación de la grosería y una lógica que, para no haber sido cursada en las aulas, merecía ser declarada de texto.

A Pedro Crespo le coloca su autor, el gran dramaturgo Calderón de la Barca, de Alcalde de Zalamea, y allí entre sus honrados convecinos, pasa su vida velando porque la justicia no se manche los vestidos y porque todo marche por los carriles del bien. De esta manera goza de amistades y se puede dedicar al cuidado de su hacienda y a la educación de sus hijos.

Cuando más tranquila era la vida de este modelo de autoridad local, se oyen los sonos que acompañan a los pasos, en aquella época no muy seguros, de la soldadesca. Tropas se acercan, y con ellas viene al pueblo el desasosiego, que era el soldado, ave de paso que se aficiona a la rapiña y sus actos acompañaban al escándalo en sus marchas escabrosas.

Para que éste no profane las paredes de su casa, Pedro Crespo toma toda clase de precauciones, pero no puede evitar el que un capitán que olvida que el honor es el oxígeno de la vida militar y que la casa ajena debe ser respetada, salpique de lodo la morada de nuestro Alcalde y haga giras del honor de Pedro Crespo.

Este sabe que huir la venganza es un recreo para el alma que se forjó en la fragua de la pureza, y antes de obrar como le pide a voces su deber, quiere suplicar, hablar al corazón de su ofensor, pero no obtiene a sus súplicas otra respuesta que la burlona mueca del desdén. Entonces se transforma, acaba el padre y se presenta el alcalde a exigir, en nombre de la ley, lo que antes se negó al amor paternal.

Se forma proceso al capitán y sin aguardar a apelaciones ni demandas de indulto, éste es condenado a muerte, sin cubrir con la capa de la jerarquía ese final, ya que en Zalamea «viven los hidalgos bien» y por lo tanto el maese encargado de los menesteres trágicos

no ha tenido tiempo de dar a cada uno el fin que le corresponde en las fórmulas del mundo. El Rey, al enterarse del proceder del buen alcalde, alaba su decisión y le nombra lo que ha sido deseo de muchos monterillas: alcalde perpetuo.

Tal es el proceder de Pedro Crespo, el hombre que practica la hospitalidad, que alienta a los suyos, que ruega con frases amorosas, pero que cuando ve cerrado el portillo de la razón pide estrechas cuentas, porque sabe que si como padre tiene que suplicar, como sacerdote de la justicia ha de procurar que ésta no tenga de qué avergonzarse.

Yo.

José Ribera, "El Españolito"

José Ribera, «El Españolito», llamado así en Italia por su pequeña estatura, nació en San Felipe de Játiva (Valencia) en 1588 y murió en Nápoles en 1656.

Hizo sus primeros estudios en la escuela de Francisco Ribalta. Después pasó a Roma, donde, prendado de las obras del Caravaggio, siguió su estilo y procedimientos sin perder su personalidad y sus tendencias al efectismo dentro de la realidad. Tanto que, viviendo en Nápoles, colocó su suegro en uno de los balcones de la casa para que se secara el cuadro «San Bartolomé en el acto de degollarle un verdugo», y fué tanta la aglomeración del público, que el Virrey, Duque de Osuna, le hizo llamar y retirar la obra. Esto fué motivo para que el Duque le protegiera.

Se dedicó con preferencia a los asuntos de martirios, demostrando gran habilidad para acentuar todos los detalles que acusan la decrepitud, el abatimiento y el dolor.

El relieve y la construcción anatómica de sus figuras, así como el claroscuro, producen un efecto de aguafuerte.

EL RAYO

El rayo, señor de mucha luz y de malas consecuencias, tiene el sentimiento de que no se le conozca a pesar de contar más edad que la afición al queso de bola; es un fenómeno meteorológico del que no se ve nada más que la línea sinuosa con que se presenta en el escenario de la electricidad. Los trajes más corrientes que usa en su rápida excursión atmosférica son: en zig-zag, en faja de colores y negra y en forma esférica.

El primer traje ha dicho un perito que no existe más que en la imaginación de los poetas y en la mano del barbián de Júpiter; la fotografía se encargó de demostrarlo al inventarse el cine, en el cual se emplean dos máquinas fotográficas sin carbón para demostrar las descargas que se operan en un campo poco deportivo y las que tienen una duración que se siente enseguida por lo que pueda gastar.

El resultado de estas fotos no es ex-

hibirse en un escaparate, sino mostrar que el rayo que se deja ver es un efecto de la incandescencia del aire a lo largo del camino que en concurso pedestre corre la chispa eléctrica; este camino, sinuoso si hay montañas, lo recorre en forma de lazo para el cuello del horizonte o en forma de globo para alumbrar los campos, tiene, además, otras veredas, y en él hay chispas que no se arrancan al yunque, pero que saltan unas independientes y sin amistad con las otras, aunque siguen el mismo camino para no olvidar que aunque no son amigas nacieron juntas.

La luz que en su marcha acompaña para alumbrar al rayo no se sabe tampoco a ciencia cierta de qué naturaleza es, ni de dónde viene, ni en donde se ha educado.

Como los recorridos son unos más peligrosos que otros, ella demuestra su viveza en ciertos puntos que la señala cumplidamente.

Así el rayo recorre la atmósfera guiado por luces que ponen su claridad entre el color plumizo con que las nubes demuestran su luto y acompañado de ruidos que ponen susto en el ánimo más esforzado, y hacen que todos sientan temor ante el rayo, demostración palpable del poder de Dios.

RADIOTELEFONÍA

Mi aparato de galletas

Pues señor, como a mí me ha contagiado, sin duda, el bacilo de la Radiomanía, en la tarde de uno de los días pasados, me hice un aparato super-extra de mi invención, y como es natural, de los más económicos, de los de galletas.

Para hacerlo se encuentran muchas dificultades (como ocurre en todas las grandes empresas), pero como yo no me arredro por nada, lo primero de todo le dí dos galletas a mi hermano Pepe que se puso a berrear, yo las recogí con mucho cuidado y las metí en una caja también de galletas, es claro, y luego hice unos cuantos agujeritos en la tapa, dos de ellos mayores que los demás y en uno coloqué un trocito de carbón (la galena), y en el otro un palito que sostenía una aguja de colchonero, que se apoyaba sobre la galena, y así terminé la construcción del detector.

Aun quedaban, sin embargo, varias cosas que hacer, poner la antena, la tierra y fabricar un auricular, y una vez hecho todo eso, probar el aparato.

El problema de la antena quedó resuelto del siguiente modo: con hilo de coser del 30 y una aguja de las de la estación, le hice una vainica, al primer somiers que encontré a mano y llevé el hilo a uno de los agujeros de la caja. Puse la tierra en un tiesto, e hice llegar otro hilo al aparato, y el auricular, con un pedazo de caña, un cacho de guante que le até a un extremo y un hilo que llegaba hasta la caja de las galletas, quedó también fabricado y tuve

la satisfacción de ver mi aparato completamente terminado.

Con él no he oído más que cantar a la cocinera todavía, pero como *con tiempo y una caña* (no de cerveza) *todo se alcanza*, y yo tengo ya el auricular que es de caña, en poco tiempo podré oír todos los conciertos con este aparato ultramoderno de mi invención.

Como dé resultado mi idea, ni que decir tiene que sacaré la patente y fabricaré muchos aparatos para que los lectores de este periódico oigan el concierto que el mismo dá, los sábados por la noche, de ocho a nueve.

Y nada más por hoy, que esto se vá haciendo más largo que un día sin pan. Se despide de vosotros,

JUANITO.

El adorno de los animales favoritos

El hombre, no contento con adornarse él para presentarse digno de acaparar miradas y para que los perros no le ladren, pues hay canes que practican lo de «según te veo el hato, así te trato», ha querido que, de esos adornos, participen algunos de sus animales favoritos, aún a sabiendas de que no habían de avergonzarse si llevaban rodilleras.

Y como cosa que le preocupaba mucho desde las edades que se pierden en las lejanas noches de la prehistoria (¿qué tal la frase?), en cuanto pudo manejar dos piedras, porque las tijeras son menos antiguas, se puso a hacer arabescos en la piel de los animales.

El primero, aparte de los loros, que en todas las épocas han dado la patita muy adornados, que lució adornos en la grupa, fué el caballo. Los documentos más antiguos que hablan de él nos muestran con más flecos que una colcha y con madroños suficientes para producir una indigestión.

Los relieves que sobraron en las cenas artísticas de Asiria y Egipto los presentan altivos, con las crines trenzadas y las colas cortadas y anudadas en el centro, para que no se olvidasen de lucir los relinchos en las rúas.

Los adornos del caballo han sido continuamente el haldo que pregona la riqueza del señor. La indumentaria de éste siempre tenía un recuerdo para el caballo y solía ponerle casco para que no se quedasen solos los cuatro que el noble bruto posee.

En la antigua Roma los caballos marchaban unas veces al trote y otras al paso y por todo adorno llevaban una piel sobre los lomos; así que no era raro verlos al galopar dejar la piel sobre el empedrado.

Los germanos los llevaban a pelo por no estar los talabarteros asociados; los galos empezaron a usar algo de los adornos, así como sus vecinos de aquende el Pirineo.

Con la llegada de la Edad Media el caballo consigue un puesto en las láminas de la indumentaria más exigente. En los torneos sobre todo se presentaban piafantes cubiertos de gualdrapas que les cubrían totalmente y en las cuales resaltaban las armas de su dueño.

La cabeza erguida la llevaban cubierta de tela, dejando sólo al descubierto los ojos y las orejas, y otras veces un penacho de plumas, costumbre que aún conservan los peles rojas y los caballos encargados de prestarnos el último servicio, cuando van guiados por la experta mano de los encasados de la muerte.

Cada país tiene su modo peculiar de presentar los caballos, así como ca-

da nación los adorna según el servicio a que los dediquen, el cual marca en ellos un sello imborrable. Así es de distinto el caballo que baila en el circo del que marcha orgulloso al frente de un regimiento. Como ambos lo son del pobre matalón que, por toda gala, lleva un sombrero de paja sobre su sarmatoso cuerpo.

Los mulos, asnos y demás compadres son tan modestos que ni en ropa gastan. Bastan las pintorescas manos de un zeñó Curro para que del mismo pelo salgan verdaderos primores. A veces el dueño es rumboso y los adorna con cascabeles, madroños y moñas; otras veces es el traje profesional, como el que exhiben las mulillas para realizar la faena del arrastre en las corridas de toros.

El buey, estimado en la India y en otros países desde que el respetable buey Apis concidió la primera audiencia, es otro de los animales que más adornado se ha visto. Cuando van, en las grandes solemnidades, formando en la comitiva, van cubiertos de mantas de mil colores y lucen collares de nacar y piedras preciosas.

Los elefantes, elemento indispensable en toda fiesta india, llevan sobre su impenetrable piel tesoros inmensos. Parecen anunciantes de tapices al ir cubiertos de éstos aún cuando no sea fiesta nacional.

En la frente llevan tapetes de púrpura y flecos de oro; y dando un mentís a todo los tratados que hablan de su sencillez, lleva ajorcas en las patas y anillos en los colmillos. Frecuentemente se pinta solo cuando quiere lucirse.

A las cabras también se adornó en tiempos, pero sólo en los cuernos, a los que se cambiaba de dirección con alambres y fuertes ligaduras. Se les daba una mano de brillantina y no se escatimaba el barniz.

Actualmente los que gozan de mayor privilegio no son esos animales, sino otros que abultan menos, arman más ruido y, sobre todo los últimos, dan más disgustos. Estos son los perros y los gatos, en cuyo adorno rivaliza el arte con el mimo y de continuo vence el último, que es capaz de fijarse hasta en las tortugas, alguna de las cuales realiza sus caerías cubierta con la correspondiente mantita.

BACHILLER.

Una mirada a España

LA PERLA DEL MEDITERRANEO

Málaga, llamada la perla del Mediterráneo, está situada al Sur de España; limita al Norte con Córdoba y Sevilla, al E. con Granada, al O. con Cádiz y al S. con el mar Mediterráneo. Cuenta la provincia con más de 600.000 habitantes. Es Málaga de fundación fenicia y le dieron por nombre Malaka.

En tiempo de los Reyes Católicos estaba dicha ciudad en poder de la morisma y tenía por gobernador a Hamet el Zegri.

Los Reyes sitiaron la ciudad, y como presentaran sus defensores una resistencia tenaz, los Reyes rogaron al Señor les favoreciera, y como alcanzaron una completa victoria, en memoria de la misma y en el sitio en que tuvieron el campamento, elevaron una capilla a Nuestra Señora, bajo la advocación de la Virgen de las Victorias, siendo desde entonces Patrona de Málaga.

Puede decirse que Málaga goza de una primavera perenne; en verano el aire está refrescado constantemente por las brisas del mar y en invierno los rayos solares caldean la bellísima ciudad, no haciéndonos sentir los rigores de la estación. Es célebre la riqueza de su

suelo por la variedad de sus productos. Son solicitados sus vinos, pasas, naranjas, etc. Su industria es floreciente, teniendo varias fábricas de tejidos, azúcar, los Altos Hornos de Andalucía y otras más, entre las que son dignas de mención la fábrica de San Carlos y Harinera de San Simón, considerada como una de las mejores de España.

Como monumentos notables nombraré los principales; la Catedral, que con su altísima torre domina toda la ciudad. Construyóse allá por el siglo XVII al XVIII, pues no se sabe con certeza el año que se empezó. Consta de tres naves, quince capillas, veinticinco altares y tiene siete puertas y un postigo. En el coro posee una bellísima sillera, precioso trabajo del siglo XVI. Unida a la Catedral, la parroquia del Sagrario, cuya puerta es obra meritísima del siglo XVI.

Otra portada, la de la iglesia de Santiago, es una notabilidad en el estilo mudéjar. La Aduana, hermoso y grande edificio. El hospital provincial, cuya primera piedra colocó Isabel II. El Castillo de Gibralfaro. La Alcazaba, antigua fortaleza morisca.

Monumento de reciente construcción, el palacio municipal, estilo Renacimiento español. La casa Correos.

El puerto de Málaga es de gran movimiento comercial y de una importancia grande. La cultura está en su mayor apogeo.

La estación de los ferrocarriles Andaluces, gran edificio que se ve concurridísimo por la afluencia de viajeros. El de los Suburbanos, notable. El correo aéreo es importantísimo, tanto que el ver un aeroplano es cosa tan común como ver un automóvil o un farol.

Nuestro amadísimo Obispo, D. Manuel González, ha contribuido al engrandecimiento de Málaga construyendo por su iniciativa un hermoso edificio, el Seminario Conciliar, situado en los montes, desde donde la vista abarca maravillosos panoramas.

Para terminar, si acaso mis palabras os hicieron dudar, a todos os reto a que vengáis a juzgar por vuestros propios ojos la veracidad de ellas, y si os apresuráis presenciareis, en marzo, las procesiones de Semana Santa, que ya rivalizan con las de Sevilla en suntuosidad y orden.

Termino (¡al fin!) diciéndoos que Málaga es la quinta capital de España, es decir, su quinta de recreo, ya lo sabéis, y si al terminar de leer exclamáis ¡vaya una lata!, sabed que soy de carne y hueso como vosotros, y pongo punto final tras estas palabras: ¡Viva Málaga! ¡Viva España!

CELESTINO CORCELLES MUÑOZ.

CUENTO

EL SECRETO DE LAS GRULLAS

Conrado Pimpún, después de haber pasado unos cuantos años fuera de su pueblo, en el ejército de la patria, volvió a la aldea de su nacimiento acompañado de algunos recuerdos de sus marchas y de algunas monedas de sus alcances.

Tuvo la pena de encontrar moribunda a su anciana madre; pero, al mismo tiempo, el triste consuelo de verla morir en sus brazos y de cerrar los ojos, recibiendo de la pobre el último beso y los consejos de que fuera piadoso, bueno y honrado.

Considerando los mozos del pueblo su dolor, lo respetaron por algún tiempo; pero al cabo de tres meses dos de ellos se decidieron a ir a buscarle a su casa. A la fuerza le sacaron de ella y le llevaron a la taberna, y después le hicieron recordar que antes de irse a la guerra, en el pueblo inmediato había dejado una novia, y le invitaron a hacerle una visita aquella noche, a lo que aceptó gustoso.

Los dos compañeros eran unos malvados, y la expedición al pueblo inmediato no era más que un pretexto para robar al pobre Conrado.

Media hora hacía que caminaban juntos, cuando llegaron a un espeso bosque, y aquellos dos perversos amigos, se echaron sobre el pobre Conrado, maltratándole y le lastimaron de tal manera en los ojos, que le dejaron como ciego; después, creyéndole muerto, le quitaron el dinero, y se dirigieron a toda prisa hacia el lugar.

El fresco de la noche hizo volver al desventurado Conrado de su desmayo, causado por los golpes que le habían dado. Después sentóse en el suelo, porque no podía andar, y espe-

ró con resignación el desenlace de su triste aventura.

Pocos momentos después oyó el aleteo de tres aves que se posaron encima de un árbol cercano: eran tres grullas, las cuales se pusieron a hablar. Conrado prestó atención a lo que decían, y oyó que una de ellas dijo que la hija del Rey estaba muy enferma; hacía quince días que estaba entre la vida y la muerte, sin que los médicos la pudieran curar. Dijo que en el prado vecino había un estanque en el que estaba un sape verde que quemándole y mezclando sus cenizas con vino generoso y dándoselo a beber, sería la única manera de sanarla.

Otra grulla dijo que ella también sabía una cosa notable, y era que aquella noche caería un rocío que el ciego que se lavase los ojos con él, quedaría curado.

Y por fin, la tercera grulla dijo que ella sabía que aquel reino tendía a desaparecer por la escasez de agua, y se podía librar descubriendo un manantial que a la profundidad de tres metros se hallaba en el centro de la plaza.

No bien hubieron marchado las grullas cuando, ya repuesto Conrado, lavóse con el rocío que acababa de caer recobrando la vista. Marchóse, e hizo lo que la primera grulla había dicho, y presentóse al Rey diciéndole que él en el término de 24 horas se comprometía a sanar a su hija, pero que después había de casarse con ella.

El Rey aceptó, y en efecto, a las seis horas de haber tomado el dicho preparativo, quedó completamente sana.

El Rey, lleno de contento, obsequió a Conrado, y ofreciéndole una bolsa llena de oro, le dijo:

— Ahí tienes, esto, en premio del servicio que me has prestado.

Pero Conrado le dijo:

— Señor, yo no he venido a buscar oro; he venido por la Princesa, y no por otra recompensa. Vuestra Majestad me ha ofrecido que si curaba a la Princesa me casaría con ella, y espero el cumplimiento de lo ofrecido.

El Rey se vió muy perplejo para dar su hija a un humilde menestral. Su palabra estaba empeñada; díjole que la cumpliría si surtía de agua al pueblo.

Hizo Conrado las oportunas diligencias y al otro día el pueblo y los campos leían agua. En vista de ello, el Rey no pudo negarse a cumplir su palabra empeñada, y casó a Conrado con la princesa, y el nuevo matrimonio fué siempre feliz.

Saldo de chistes malos

En un examen:
—¿Quién fué Atila?
—¡Un bárbaro!
—Bien, ¿y qué más?
—¿Le parece a usted poco?

—¿Cuál es la plaza madrileña que sólo tiene un farol?
—¡La de sereno!

—¿Y cuál es la capital menos alumbrada?
—Madrid, que sólo tiene una bombilla.

En una posada:
El señor.—¡Esta cuchara está llena de pintura!

El mozo.— Puede comer el señor tranquilamente; eso que cree pintura, es cardenillo nada más.

Entre ganaderos:
—¿Has estado en la feria de ganados? Pues chico, no te he visto.

—Pues de allí vengo; estaba entre un grupo de caballos y era el único que llevaba sombrero. ¡No sé como no me has conocido!

—¿En qué se parecen aquella pared y una bomba?
—En que la pared está allá y la bomba estalla.

—¿En qué se parece el latín a un sombrero que se me ha quedado chico?
—En que me cuesta mucho trabajo meterlo en la cabeza.

—¿En qué se diferencia un canario y una flauta?
—¡...!

—Pues en que el canario puede ser flauta y la flauta no puede ser canario.

—¿Cómo sacaríamos a un perro que se ha caído a un pozo?
—¡Mojado!